XXIX EXISTENCIA DEL ALMA

(Salmo 8; Mateo 10:28 y 16:26)

Introducción

(Véase anécdota Nietzche y el guarda del parque.) Ciertamente las preguntas: ¿Qué soy en el mundo? ¿Qué papel ocupamos los seres humanos en el inmenso Universo? ¿Por qué existimos? ¿En virtud de qué podemos darnos cuenta de nuestra existencia?, son preguntas que no puede menos que hacerse todo hombre pensador.

David no sabía nada de lo que la ciencia nos ha revelado cerca de la grandeza del Universo; sin embargo, comparando la pequeñez del hombre con las cosas que él conocía y veía, y en un arrebato de inspiración, exclama: "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?" Ciertamente, considerado como materia, el hombre más apuesto y robusto, es bien poca cosa en un mundo de cuarenta millones de metros de circunferencia y de billones de quintales de peso. Pero David ve en él mucho más que un compuesto de materia: un ángel en estuche carnal (vers. 5) y Jesús, que conocía las cosas mejor que David, lo pone en más alta estima (Mateo 16:26). ¿Por qué? El hombre es un ser espiritual que siente, medita, sabe, ama, vive ahora y vivirá por la eternidad, y Dios, que es también espíritu pero infinito, se preocupa del hombre más que de cualquier otro ser material. No mira su pequeñez sino sus facultades.

Suponed un padre rico que ve incendiado su palacio, en el cual se halla un hijito de pocos años. No apreciará la muerte de su hijo como la pérdida de 30 ó 35 kilos de materia que se carboniza. Su hijo ha venido de él, lleva su imagen, algo de su carácter, y facultades capaces de desarrollarse: todo lo cual, no poseen su palacio, ni sus muebles, ni sus máquinas. Por esto se lanzará a las llamas clamando: "Salvad a mi hijo."

1. El hombre lleva la imagen de Dios

Todos los hombres llevamos la imagen del Dios invisible. Poseemos facultades que sólo Dios puede tener y que no se hallan en otros seres. Estudiando la naturaleza descubrimos las huellas de un Ser Inteligente dotado de voluntad, de iniciativa, de sabiduría y poder inmensos, el cual ha organizado con designio y previsión admirables el Universo que nos rodea. Estas cualidades innegables que reconocemos en el Creador, las encontramos en nosotros mismos. No se podría decir de un animal que es "imagen de Dios". Este tiene cuerpo y cerebro maravillosos, pero sus facultades no corresponden a las que debe haber en la Divinidad.

Se ha observado que los animales hacen todas las cosas atraídos por sensaciones físicas: hambre, sed, deseo sexual, etcétera, o bien por un impulso interior que viene de Dios como ley general y se llama instinto. No hay en ellos iniciativa intelectual, ni tampoco progreso. El pájaro nunca ha sabido inventar una cubierta para preservar su nido de la lluvia. El conejo nunca ha ideado formar habitaciones en su madriguera. La abeja construye un panal que deja admirado al más sabio geómetra, pero es obra de la especie (o sea, de Dios por la ley del instinto), no suya propia.

Por maravilloso que sea el instinto, no revela personalidad. Golondrinas con cabezas más grandes o más pequeñas, con más o menos materia gris, construyen sus niños igual. Pero un hombre no hace lo que otro hombre. Las pinturas de Velásquez o la música de Bach no los pueden idear otros hombres. El espíritu humano no sólo tiene facilidades para aprender sino que puede crear. El más sencillo obrero es un creador de modelos en su mente, a los que dará pronto forma si tiene materiales a su disposición. ¿A quién parece este pequeño creador de la tierra sino a su Padre Creador supremo de los cielos?

2. El hombre posee virtudes morales

Hemos descubierto que Dios es bueno al examinar las obras de la Naturaleza. Lo que parecen males, no son sino accidentes inevitables, algunos encaminados a mayor bien, e infinidad de detalles el Creador ha procurado poner elementos de felicidad para todas sus criaturas que revelan su carácter bondadoso. La Biblia nos habla del amor de Dios en otro terreno más elevado, el de la Redención (Juan 3:16). Por ello concuerdan perfectamente el libro de la Revelación y el de la Naturaleza.

El hombre creado a imagen de Dios, conserva, aunque medio borrados por el pecado, estos distintivos de su origen. Posee sentimientos de compasión, de bondad, de ternura (no sólo hacia su prole, como los animales por instinto), sino hacia todos los otros seres. ¿Por qué? Porque Dios es amor.

Por la misma razón poseemos conciencia moral. ¿Quién es, en efecto, este yo que se levanta contra el otro yo para juzgarle y condenarle en nuestro fuero interno, aun cuando el motivo de la reprensión sea algo sumamente favorable a nosotros mismos? ¿Es un nervio que reprende a otros nervios de nuestro cuerpo? ¿Es un músculo que reacciona contra otros músculos? ¿Es, en una palabra, la materia condenando a la materia?

El animal se encuentra perfectamente satisfecho con saciar sus instintos, pero el hombre es atormentado por su conciencia si aquella satisfacción es en perjuicio de un prójimo. ¿Por qué? Porque Dios es justicia, y llevamos algo dentro de nosotros de ese atributo divino. Aun los hombres más relajados, más degenerados y crueles, tienen a veces algún rasgo de nobleza. Estos vestigios que nos quedan de la "imagen de Dios", prueban nuestro origen superior, y como consecuencia lógica un destino superior que el que nos presentan los filósofos de la "Nada".

3. El alma no es el cerebro

Nuestro yo no es ese pobre cuerpo que nos sirve de habitación. Muchos confunden el ser con el instrumento, pero el instrumento material no puede ser causa eficiente del pensamiento. ¿Cómo una vibración del tímpano puede convertirse en sentimiento de odio o de amor, de placer o de tristeza? ¿Quién se alegra o entristece? ¿Las neuronas, o sea, las células cerebrales? No, éstas son meros agentes transmisores, pues como dicen los sicólogos, no podemos imaginar el cerebro como un productor y receptor de imágenes que nadie recibe, que nadie recoge e interpreta. "Yo estoy triste con la noticia" no puede traducirse «una serie de imágenes dentro de mi cerebro se han puesto tristes». Sin el "yo" las más admirables operaciones de la perfectísima computadora del cerebro, nada son ni significan.

El cerebro es, ciertamente, la oficina del alma; y es maravillosa en su configuración y organización. Allí el alma archiva sus recuerdos. Pero debe haber algo más que un archivo. Por ejemplo, cuando olvidamos una cosa y la tenemos, como vulgarmente se dice, "en la punta de la lengua", alguien recuerda que otros detalles están ahí, y no dispone de ellos. Quizás el nombre de una ciudad, o de una persona.

¿Quién es el que posee el recuerdo del hecho, o de la cosa, pero carece del detalle perdido y lo manda buscar dentro de su archivo físico de neuronas? ¿Quién es el que "sabe" que lo "debe saber"? Es sin duda el "yo" extra-físico que llamamos "alma".

Tenemos muchos motivos para creer que el cuerpo es tan sólo el instrumento del alma, y sin duda alguna es el más adecuado para ella. Un cuerpo de ave o de pez, dotados de espíritu, habrían tenido grandes dificultades para poner en práctica sus pensamientos. Otros seres, muy semejantes a nosotros en cuerpo físico, pero no en inteligencia (los monos), parecen haber sido puestos para probarnos que la inmensa diferencia no consiste en formas o estructuras corporales, sino en algo extra-físico superior a la materia.

4. El alma es inmortal

a) *Nos lo dice la lógica*. No es material, y si la materia no se pierde, sino que se transforma, algo debe ocurrir con el alma. Si es hecha a imagen de Dios, y Dios es eterno, propio es que ella lo sea también.

b) *Nos lo demuestra la gradación en la Naturaleza*. Observamos en ella tres reinos: el mineral, vegetal y animal, en cuya cumbre se encuentra el hombre. Pero si la muerte nos destruyese por entero sería el retorno brusco de lo superior a lo inferior, del espíritu inteligente al polvo de la tierra. ¿Qué objeto tendría en tal caso la Creación entera? Pero si el mundo y el universo son habitaciones para educar seres morales y eternos, se explica la solicitud del Creador en beneficio de sus hijos.

c) *Nos lo dice nuestra conciencia*. ¿De dónde le vino al nombre la idea de inmortalidad si Dios no la reveló? Sería una burla demasiado cruel darnos el deseo y no satisfacerlo. El hecho de que el hombre haya pensado si tiene alma inmortal, es la mejor prueba de que la tiene, ya que a ningún animal se le ha ocurrido semejante duda.

d) *Nos lo dice Cristo*. El gran revelador de Dios a la humanidad afirma: *"No temáis a los que matan el cuerpo"* (Mateo 10:26). "Dios no es Dios de muertos.... porque todos viven a El" (Lucas 20:38).

La inmortalidad es la clave por la que el Nuevo Testamento resuelve todos los enigmas morales. La solución de todas las injusticias que padecemos, y la más gloriosa de las esperanzas. ¿Qué importa ya en tal caso la enfermedad y la vejez? (2.a Corintios 5:1). ¿Qué importa la misma muerte? Filipenses 1:21).

5. El alma puede perderse

Todo espíritu manchado por el pecado no puede entrar en a Vida donde reina la armonía de la perfección de los hijos le Dios. Este es el gran peligro acerca del cual Cristo nos vino a advertir (Juan 3:15 y Lucas 13:28).

Es la pérdida más terrible por ser irreparable. Todas las pérdidas humanas, de intereses o de salud pueden remediarse. Pero no poseemos más que un alma: si la perdemos, cuando Dios la pone a prueba, queda perdida para siempre. (Véase anécdota Pérdida irreparable.)

No estamos capacitados para definir en detalle lo que significa la perdición, pero debe ser algo bastante terrible, cuando decidió el Verbo de Dios a encarnarse y sufrir tanto con objeto de librarnos de semejante tragedia. Para evitarla es indispensable, empero, no solamente su sacrificio sino nuestra aceptación del mismo. De ahí tantas exhortaciones del Hijo de Dios al arrepentimiento y a la fe (Marcos 1:15 y Juan 5:40).

6. El alma puede salvarse

En otra frase más moderna, menos teológico-escolástica, "puede cumplir su destino". Según Hebreos 2:10, el Creador tuvo un gran propósito desde el principio de la raza, «llevar a la gloria a muchos hijos. (Véase anécdota Dos modos de imaginarnos a Dios.) Podemos malograr el propósito de Dios y perdernos, o ajustamos a él y salvarnos. ¿Cómo? Aceptando el medio de salvación por El dispuesto. Dios envió a Cristo a morir por nuestros pecados para poder perdonarnos con justicia, y al propio tiempo mover nuestro corazón retrotrayéndonos a una obediencia voluntaria y gozosa, la obediencia por amor, por gratitud por el afecto que su sacrificio ha levantado en nuestros corazones. ¿Lo haremos? ¿Corresponderemos al sublime propósito que Dios ha tenido de salvar nuestras almas?

7. ¿Qué significa la salvación del alma?

El alma humana, por ser espiritual y por ende inmortal, tiene posibilidades insospechadas, inimaginables desde este encierro de carne mortal en que nos hallamos. Puede observarse la grandeza de tal propósito en Juan 17:24; Juan 14: 1-3 y Efesios 1:11-12. (Breve glosario de tales textos según el tiempo y las circunstancias).

Aún estamos a tiempo para salvar nuestra alma inmortal. Hagamos caso de las palabras de Cristo. Tomemos en serio el asunto. Démosle el valor que tiene. Lo peor de la condenación será la idea de: "Podía ser feliz y no lo fui, podía salvarme y me condené." Quiera Dios que ninguno de los presentes tenga que decirlo.

ANÉCDOTAS

NIETZCHE Y EL GUARDA DEL PARQUE

Se cuenta del gran filósofo ateo Nietzche —quien después de haber escrito enjundiosos libros terminó su vida en un manicomio— que cierto día, hallándose sentado en un parque de Berlín le pasó desapercibida la hora del cierre. Un guarda tomándole por un viajero vagabundo que intentaba pasar la noche en el parque, se le acercó y le dijo:

—¿No ha oído usted la sirena de cierre? Dígame: ¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? —A lo que Nietzche replicó:

—Esto es precisamente lo que me he estado preguntando desde hace cuarenta años y aún no he llegado a saberlo. ¿Podría decírmelo usted?

PERDIDA IRREPARABLE

Un hombre deseoso de adquirir fortuna vendió todo lo que tenía para trasladarse a California. Allí trabajó durante 16 años sin conocer descanso buscando el codiciado polvo de oro, logrando con el tiempo reunir una gran fortuna, la cual (en aquel tiempo cuando no existían las actuales facilidades bancarias), convirtió en un valioso diamante que se proponía vender en Europa por una cantidad que le haría rico durante el resto de sus vidas. Pero un día en que estaba mostrando la preciosa joya a unos amigos de viaje, un movimiento del buque le hizo perder el equilibrio, con tan mala suerte que el diamante resbaló de sus manos yendo a parar al mar. ¡Qué terrible momento! Pero es peor la pérdida del alma.

DOS MODOS DE IMAGINARNOS A DIOS

Alguien ha dicho que considerando las maravillosísimas disposiciones de la Naturaleza y el fracaso que representa la muerte para la vida, sobre todo en lo que al ser humano se refiere, o bien debemos imaginarnos a Dios como un niño que hace burbujas de jabón por el gusto de ver cómo se deshacen, o tenemos que considerar a Dios como a un padre que está educando a una familia para la Eternidad. ¿Cuál de los dos conceptos es más digno del Creador, y sobre todo, de un Creador sapientísimo como el que nos revelan las obras de la Naturaleza?